

tranjeras á Francia (1). Catalina de Médicis, deseando quitar á los reformados el apoyo moral de Inglaterra, despues de la horrible matanza de la noche de San Bartolomé, dijo al embajador de Isabel que Coligny había aconsejado al rey que tuviera siempre por sospechoso el poder de los Ingleses: "Él era en verdad desafecto á Inglaterra, respondió el embajador, pero se mostraba en esto muy leal servidor de la corona de Francia." (2). Digno es Enrique IV de ser citado al lado de Coligny; aunque su existencia dependió muchas veces de la alianza de los Ingleses, no consintió jamás el devolverles la plaza de Calais, á pesar de las apremiantes solicitudes de Isabel. Ciertamente era á veces dominada esta tendencia patriótica por la comunidad de creencias; que el espíritu religioso hace de buen grado abstracción de las fronteras políticas y ve hermanos donde quiera que hay correligionarios. ¿Imputaremos como un crimen á los hugonotes, abrumados por el número de sus enemigos, el haber pedido auxilio á los protestantes de Alemania y de Inglaterra? Fué la primera manifestación, y la más legítima, del principio de intervención, que es en el fondo la doctrina de la solidaridad humana. Desde que la lucha de las religiones se convirtió en guerra, era natural que cada partido buscara sus aliados; no era eso un crimen, pero el crimen, ó, si se quiere, el extravío, comenzó cuando la religión hizo olvidar la patria. Católicos y calvinistas pidieron auxilio al extranjero; pero ¿quién lo llamó á reinar en Francia? ¿Ofrecieron acaso los hugonotes la corona á Isabel? ¿Se vendieron á Inglaterra los ministros hugonotes? Cosa singular y que prueba hasta dónde llega la ceguedad de los defensores de la Iglesia: lo que reprochan á los reformados fué precisamente la falta de su propio partido.

II.

Acusan los católicos á los hugonotes de haber querido desmembrar á Francia estableciendo una especie de feudalidad republicana. Un manifiesto católico, aprobado por el legado del papa, nos dirá cuáles eran los sentimientos de la Liga respecto de la unidad francesa: "Si Francia, dice el au-

(1) DE BEZE, *Histoire ecclésiastique*, t. II, p. 35.
(2) *Mémoires de WALSHINGHAM*, p. 285.

tor (1), hubiera de abandonar la fe, yo desearía que tuviera, no seis reyes, sino diez mil; que cada ciudad, que cada aldea tuviera su reyezuelo. Los coaligados hubieran sacrificado gustosos la unidad de Francia por mantener la unidad de la fe. Oigamos á nuestro patriota católico: "Aun cuando el reino fuera de menor extensión, con tal que se purgara de herejía y de ateísmo podría hacer más bien á la república cristiana y á sí propio que el que pudiera hacer con la corrupción presente, aunque fuese más grande que toda el Asia." (2). Cuando Enrique IV trató en 1592 de atraer á los jefes de la Liga á hacer la paz, exigieron éstos, como condición de su sumisión, la desmembración de Francia: pidieron soberanías hereditarias. Esto sí que era una verdadera feudalidad; el rey no habría conservado nada, ni aun la isla de Francia; hubiera sido más reyezuelo que Hugo Capeto (3).

Acusan los católicos á los hugonotes de haber sido los primeros en solicitar el apoyo del extranjero, cuando precisamente fué el clero francés quien, apenas hubieron estallado las perturbaciones, se dirigió al rey católico por excelencia: desde el año 1551 tuvo relaciones con Felipe II, á quien apeló para que defendiese la libertad de la Iglesia y su integridad (4). No harémos de las simpatías religiosas un crimen mayor en los católicos que en los protestantes; pero ¿se contentaron acaso los católicos con pedir auxilio al rey de España? El catolicismo debilita el sentimiento de la patria, cuando no lo destruye; la patria de los católicos está en el cielo ó en Roma; son ante todo sectarios; y si sobreviene una colisión entre los deberes del ciudadano y los deberes del fiel, no vacilan un instante en sacrificar los intereses humanos á lo que miran como un deber para con Dios. ¿No hay que obedecer á Dios antes que á los hombres? Ahora bien, la voz de la Iglesia es la voz de Dios; con ese título, la dominación de la Iglesia es la causa

(1) *De justa reipublice christianae in reges impios auctoritate* (LABITTE, *De la démocratie de la ligue*, p. 299). El legado pontificio dice que esta obra expresaba las verdaderas opiniones de la Liga (ib., p. 303).

(2) RANKE, *französische Geschichte*, t. I, p. 513, nota.

(3) Véanse los testimonios en POIRSON, *Histoire de Henri IV*, tomo I, p. 133-136.

(4) *La Supplique des très-humbles et très-obéissants clergé, bourgeois, marchands et menu populaire de la ville, cité et université de Paris, préservés et gardés par la grâce spéciale de Dieu jusques à ce jourd'hui, de la véneneuse et mortifère poison luthérienne, au Roy Philippe II. de 1561*. Una copia se halla en la biblioteca imperial (SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. I, p. 409).

de Dios; y ¿quién se atrevería á vacilar entre Dios y los intereses terrenales? Tales son los sofismas con los cuales fanatizó el clero á los católicos de Francia en el siglo XVI, y sus excitaciones tuvieron demasiado eco. La religión lo domina todo, dice uno de los más famosos coaligados, Luis de Orleans: "Ella pesa tanto, que debe superar á todas las consideraciones humanas. Los reyes, los príncipes, los bienes de este mundo son nada para nosotros..." (1). El famoso *Boucher* nos dirá lo que es un buen francés en sentido católico: "Es el que todo lo ajusta á la religión, aunque fuese la ley sálica, la ley fundamental, para tener un rey ortodoxo, á fin de exterminar á los hugonotes." ¿Qué importa que el rey católico sea extranjero, enemigo? "La Sagrada Escritura nos manda honrar más á un príncipe extranjero católico que á un príncipe natural hereje." (2).

Esa era la moral política que *Boucher* predicaba al pueblo, y las mismas predicaciones resonaban en todas las cátedras. En nombre de la religión era el clero partidario de España; y aun deberíamos decir que se vendía á España, porque los curas de París, que se deshacían en invectivas contra la monarquía legítima, estaban á sueldo de Felipe II: ellos mismos lo confesaban (3). El oro español y las pasiones religiosas extraviaron al clero de la Liga hasta el punto de violar el primer deber que predicó Jesucristo á sus discípulos, la obediencia á la autoridad, deber que cumplieron los apóstoles aun respecto de los emperadores paganos. *Bossuet* es quien inflige esta afrenta al catolicismo ultramontano (4). Cuando se produjo la lucha entre un príncipe cuya memoria ha quedado querida para la Francia, y un rey á quien la historia ha tratado de demonio, el clero de la Liga se pronunció por Felipe II contra Enrique IV; y no se tramaba esto á la sombra, no se avergonzaban

(1) *Avertissements des catholiques anglais aux catholiques français* (Archives curieuses de l'histoire de France, serie I, t. XI, página 132).

(2) BOUCHER, *De la simulée conversion de Henri de Bourbon*, páginas 595, 474.

(3) En el *Anti-Espagnol*, obra del nieto de L'HOSPITAL, se lee: "Los curas están ofuscados con el resplandor de su oro." (*Mémoires de la Ligue*, t. IV, p. 212). ¿No reciben pensión del rey de España muchos hombres de bien? dice el cura de Saint-Germain-d'Auxerrois. Jamás me la han ofrecido, exclamaba el cura de Saint-André-des-Arcs; pero ¿qué dificultad hay en esto? (*L'Estoile*, periódico, en PETITOT, XLVI, 356).

(4) BOSSUET, *Defensio Declarationis*, III, 28: "Hispanicis artibus, imo hispanico auro corrupti, ad hæc Ligæ furoribus demantati. Hispanos se esse quam Francos malebant."

de estas malas pasiones; se las ostentaba en plena cátedra (1), y se vanagloriaban de ellas como de una virtud: "Se nos acusa de ser Españoles, dice uno de los *Diez y Seis*; si, preferimos ser Españoles á ser hugonotes. No hay nombre que lleve consigo y comprenda tantos crímenes, tantos vicios y tan sucias obscenidades é impurezas como el nombre de un hereje, y antes que tener un príncipe hugonote, iríamos á buscar, no sólo un Español, sino un Tártaro, un Moscovita ó cualquier Escita que fuera católico." (2).

El mismo ciego celo por la religión tiene algo de grande cuando es puro y desinteresado; pero ¿qué pensar de esos furibundos clamores, cuando se sabe que eran comprados, que era el oro del Perú lo que inspiraba á los campeones de la fe? Dignos eran de este clero mercenario los jefes del partido católico: los que acusan á Coligny y á Condé de ambición olvidan que la Liga tenía á su cabeza á los Guisas, raza intrigante y ambiciosa por excelencia. Hay una carta, de 1567, del duque de Alba á Felipe II que revela las criminales relaciones entabladas desde aquella época por el cardenal de Lorena con España: el cardenal llegaba hasta á ofrecer al duque de Alba ponerle en posesión de muchas plazas fuertes; y esta primera traición no era más que un medio para llegar á un fin más culpable; á un cambio de dinastía: "Acabando de morir, dice el duque de Alba, el rey de Francia y sus hermanos, se podría, como lo propone el cardenal, reivindicar la corona para Vuestra Majestad en razón del derecho de la reina, nuestra señora. En cuanto á la ley sálica de que se habla, es una majadería; las armas allanarían las dificultades que oponen." (3). ¿Era por celo religioso por lo que ponían los Guisas la corona de Francia á los pies del rey de España? ¿Vemos á ese mismo cardenal de Lorena parlamentando con los príncipes luteranos y pregonando una grande admiración por la confesión de Augsburgo! (4). La religión de los

(1) *Journal de L'Estoile* (PETITOT, t. XLVI, p. 387): "El cura de Saint-André-des-Arcs dice: «Que aun cuando fuera francés, preferiría por rey un extranjero católico á un francés que fuese hereje, cosa que les había dicho muchas veces y repetía muy alto, á fin de que no lo olvidaran y fueran á decirlo resueltamente, si querían, por todas partes.»"

(2) *Avertissements des catholiques anglais aux catholiques français* (Archives curieuses, t. II, p. 97).

(3) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. I, p. 593.

(4) DUPLESSIS-MORNAY dice (*Mémoires de la Ligue*, t. I, página 81): "El cardenal de Lorena, mientras prendía fuego á los cuatro ángulos del reino por arlor de este pretendido celo de la

Guisas consistía en una codicia insaciable que encubrían con el manto de la religión; adulaban al fanatismo, quemando á los sectarios, á reserva de mofarse de la religión y vivir como ateos y epicúreos. Esta es, en verdad, la acusación que les dirigen los hugonotes, pero la reproduce el grave *De Thou* (1). Oigamos además á un contemporáneo: "Los Guisas hacían una guerra implacable á los herejes en nombre de la religión y en honor de Dios, y no había mayores blasfemadores y sacrilegos que los Guisas," (2).

No quiere esto decir que todo el partido de la Liga se compusiera de hipócritas, y que la religión no fuera para ellos más que un pretexto; pero creemos que había en las filas de la Iglesia más intereses políticos que en las de la Reforma. El catolicismo se confundía en cierto modo con la dominación del mundo, y todos los que dirigían esta lucha participaban de esta ambición, lo mismo Felipe II que los Guisas. Allí donde la religión no era una máscara, servía, á lo menos, de instrumento (3); y esto mismo prueba el poder del elemento religioso en el siglo XVI. Un contemporáneo, magistrado católico, pero extraño á la Liga, hace esta observación: "Los pueblos son los que han formado la Liga, y en ellos residía la sustancia y materia de ésta. Los príncipes de Lorena no eran más que los accesorios, tanto más cuanto que la fuerza consistía en el hecho de la religión abrazada y querida por los católicos de buen corazón y sin ficción," (4).

Eran, en definitiva, las pasiones religiosas lo que dominaba en los dos campos; y hé ahí por qué damos poca importancia á los reproches que se dirigen los dos partidos de haber comenzado las hostilidades. Ya lo hemos dicho: con los sentimientos que animaban á la Iglesia y á los reformados, la lucha era inevitable. Sin embargo, la verdad histórica nos obliga á añadir que fueron las pasiones católicas las que provocaron las guerras civiles.

religion, declaraba á los príncipes de Alemania que era de su confesión, y que la quería introducir en Francia.

(1) *Mémoires de Condé*, t. I, p. 516, 522.—*De Thou*, lib. XXII.

(2) *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. XII, p. 342.

(3) PASQUIER, *Lettres*, XII, 8.—Sixto V, que no amaba la Liga, dijo al duque de Nevers, uno de sus jefes: «Estoy persuadido de que de todos los que gritan tan alto contra los herejes, no hay uno que tenga puramente la gloria de Dios y la verdadera fe por fin de sus empresas. No piensan en hacerse mejores cristianos, trabajan por hacerse más grandes señores.» (*Mémoires de Nevers*, t. I, p. 673).

(4) *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. XIV, p. 41.

¿Cuál fué el fatal acontecimiento que dió ocasión á que tomáran las armas los hugonotes? La matanza de Vassy. Que fuera premeditada ó no, importa mucho para juzgar la culpabilidad del duque de Guisa, pero importa poco á la cuestión que nos ocupa. Los contemporáneos convienen en afirmar que las matanzas de Vassy fueron como un fuego eléctrico que recorrió la Francia y sublevó como por ensalmo á los hugonotes. No hubo en esto ningún cálculo ni concierto; un testigo ocular y honorable es quien lo afirma, y *La Noue* añade que fué la ejecución de Vassy lo que movió á armarse á la nobleza (1). El imparcial *De Thou*, á quien no pueden reprochar los católicos sino sus sentimientos de tolerancia, confirma este hecho: "Todas las personas sabias y prudentes, dice, miraron este accidente como la ocasión y el comienzo de una insurrección y como una declaración que había autorizado á los facciosos á tomar las armas," (2).

Mas, lo repetimos, poco importa quién fué el primero que tomó las armas: las guerras civiles de Francia no son sino una faz de la lucha que nació de la Reforma; no fueron intereses políticos los que las provocaron, ni pasiones políticas lo que las alimentó, sino la incompatibilidad de dos confesiones, la imposibilidad de la tolerancia por razón de las preocupaciones cristianas. No predominó la política sino cuando se debilitó la influencia de la religión; y cuando la lucha tocaba á su fin, en la primera mitad del siglo XVI, fué cuando los hugonotes llegaron á ser un partido, una facción; pero entonces también acabó la guerra. Mientras duró, las pasiones religiosas dominaban; y ¿quién inflamó estas pasiones sino la Iglesia? Ella y su intolerancia son, pues, las responsables de la sangre derramada; pero este crimen es menos de los hombres que de la doctrina. La doctrina es, por consecuencia, lo que hay que rechazar con todas nuestras fuerzas, porque los odios que ha excitado puede excitarlos todavía; la religión puede todavía llegar á ser un instrumento en las manos de la Iglesia; y no hay

(1) LA NOUÉ, *Discours politiques et militaires*.

(2) DE THOU, lib. XXIX.—*Brief discours á Philippe II*, en las *Mémoires de Condé*, t. V, p. 401: «Yo no creo que haya hombre tan ignorante que no comprenda que los asesinatos cometidos en Vassy por Mr. de Guise, contra las ordenanzas del rey y de los Estados, han sido la verdadera y única causa de las guerras civiles que se han seguido.»—DE BEZE, *Histoire ecclésiastique*, libro IV (t. I, p. 723): «La matanza de Vassy puede y debe llamarse el primer comienzo de las guerras civiles que se han seguido, y de todos los males que han sobrevenido y sobrevendrán á toda la cristiandad.»

más que un medio de desarmarla, quitarle el imperio de las almas.

§ III.—La Iglesia y las pasiones católicas.

I.

La persecución comenzó bajo Francisco I. Voltaire se indigna contra el rey que en París entregaba á los calvinistas á espantosos suplicios, que hacía procesiones para expiar sus errores, que decía que no perdonaría á sus propios hijos si fuesen culpables, y que en Alemania sostenía á los que exterminaba en sus Estados. Comparemos con esta justa censura el juicio de un historiador católico. El padre *Daniel* cuenta que fueron encendidas las hogueras en las grandes plazas de París en el momento en que el rey pasaba por ellas; y después añade: "Quiso Francisco, para atraer la bendición del cielo sobre sus armas, dar este señalado ejemplo de piedad y de celo contra los novadores," (1). Estas palabras nos revelan el espíritu de la Iglesia y el motivo por el cual persiguió á los sectarios. En vano busca Francisco I excusas en sus cartas á los protestantes de Alemania: no castigó, dice, á los hugonotes por causa de sus herejías, sino como sediciosos (2). ¿Qué crímenes eran aquellos que el rey se guardaba bien de precisar, y por los cuales se enviaba á los desgraciados á la hoguera? Opiniones teológicas condenadas por la Iglesia, y de las cuales más de una es aceptada hoy por una gran parte de la cristiandad: no creer en el purgatorio, rechazar la invocación á los santos, sostener que los cristianos debían leer la Escritura en lengua vulgar: ¡tales eran algunos de los crímenes reputados capitales por la Iglesia! (3). La naturaleza del delito nos dice quiénes fueron los perseguidores. Apenas hubo estallado la Reforma, escribió el papa al parlamento para excitarlo á ensañarse contra los nuevos herejes; concedió sus bienes al primer ocupante, y autorizó á todo fiel á que redujera sus personas á perpetua servidumbre: á oír al so-

(1) DANIEL, *Histoire de France*, t. V, p. 654.

(2) Francisco I escribe que había tenido razones importantes para castigar á algunos de sus súbditos; y que no era aquella la ocasión de dar á conocer de qué indole habían sido sus crímenes, etc. (SLEIDAN, *Histoire de la réformation*, lib. IX).

(3) SLEIDAN, *Histoire de la réformation*, lib. XIV, da la fórmula del exámen que los jueces seguían en sus interrogatorios; y en ella no se trata sino de errores dogmáticos.

berano pontífice, la persecución de los herejes era una obra gratisima á Dios y saludable al reino (1). Más apremiante fué todavía un concilio que se reunió en París en 1527: conjuró al rey, por las entrañas de la misericordia divina, á exterminar á los herejes de su reino, y proclamó que era un deber de todos los príncipes unir sus fuerzas para destruir la herejía. El analista romano cuida de añadir que los reyes de Francia que favorecieron la herejía perecieron miserablemente (2).

Entre los mártires de la intolerancia no los había ni más puros ni más santos que los pobres Valdenses; no había crimen que imputarles, ni siquiera una apariencia de rebelión; pacíficos habitantes de los valles, enriquecían á sus señores con su trabajo. Los reyes estaban interesados en dejarlos tranquilos y libres; los hombres de Iglesia fueron los que provocaron la más odiosa y la más sangrienta juntamente de las persecuciones; los obispos impulsaron á que se les condenara (3). Necesitábase una orden del príncipe para ejecutar la sentencia; el cardenal de Tournon empleó la sorpresa para arrancar el consentimiento del rey, é hizo poner un sello y un contrasello subrepticiosos (4). Los obispos de Arles y de Acqs excitaron al presidente del parlamento de Aix á emplear las armas para forzar á aquellos desgraciados á sufrir su sentencia, y prometieron por su parte, y en nombre del clero de su diócesis, el dinero necesario para los gastos de aquella guerra santa. El vicelegado, obispo de Cavaillon, fué quien dió la orden de pasar á cuchillo á los Valdenses. Entre los bárbaros ejecutores de la bárbara sentencia halló medio de distinguirse por su barbarie un dominico: hacia calzar á los que se llamaban criminales botas llenas de sebo hirviendo; les ponía espuelas, y después les preguntaba con tono de burla si estaban bien embotados para viajar (5). La corona advirtió, pero demasiado tarde, que había sido el instrumento de las malas pasiones de la Iglesia, ligadas con la codicia de un magistrado. Instruyóse un proceso contra el presidente de Oppède. ¿Quién tomó la defensa de aquel hombre de sangre y cieno? El papa.

(1) ISAMBERT, *Recueil de lois*, t. XII, p. 231.—SLEIDAN, *Histoire de la réformation*.

(2) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1527, §§ 92, 93; ad a. 1528, § 101.

(3) SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, tomo I, p. 193 y sig.—DE BEZE, *Histoire ecclésiastique*, libro I (tomo I, p. 37, ed. de Amberg, 1580).

(4) MARTIN, *Histoire de France*, t. VIII, p. 332.

(5) DE THOU, *Histoire universelle*, lib. VI.

Su Santidad dirigió un breve apremiantísimo á Enrique II en favor del asesino, "perseguido á causa de su celo por la religion," (1). La causa del verdugo era, en efecto, la causa de la Iglesia: un historiador español exalta la matanza de los Valdenses como el triunfo del catolicismo (2).

Enrique II continuó la política de su padre: aliado de Mauricio de Sajonia, protector de la libertad protestante en Alemania, quemaba á los hugonotes en Francia. Estas alianzas le imponían, sin embargo, ciertas contemplaciones. El papa se quejó de ellas: "Era preciso, dice, llevar á los herejes derechos al fuego; OBRANDO ASÍ EL REY, HARÍA UNA COSA GRATÍSIMA Á DIOS." El vicario del Cristo no cesaba de repetir "que la herejía era un mal en que se necesitaba el fuego," (3). Enrique II cedió á estas horribles excitaciones. Voces valerosas se hicieron oír en el seno del parlamento contra las matanzas religiosas; el rey fué allí, y, después de haber provocado la discusión, hizo prender á los consejeros sospechosos que habían emitido su opinión libremente. No dejó el cardenal de Tournon de alabar esta alevosía, protestando de su humanidad: ¡era humanidad á la manera de Felipe II, cuyo ejemplo recomienda al rey como la obra de Dios! (4). Regocijóse el papa al saber la prision de los consejeros: "Vió en ella un buen comienzo para la causa de la religion," y dijo al embajador de Francia que "la herejía era un crimen tan grande, que en el momento que se manchaba con él un hombre no había otro remedio que aplicarle incontínente el fuego," (5). ¡Fuego á los herejes! Ese era el consejo y la órden que el representante infalible de Dios mandaba al rey cristianísimo; y ese era á lo menos claro y neto. Preferimos esta franca y salvaje expresion de los odios religiosos á la hipocresía de los neo-católicos, que quisieran hacer creer que el catolicismo es inocente de la sangre derrapada por la causa de la religion.

Enrique II murió á manos del mismo á quien había mandado prender á los miembros del parlamento de Paris. Un niño subió al trono; sus con-

(1) MARTIN, *Histoire de France*, t. VIII, p. 371.

(2) ULLOA, *Vita de Carlo V*, L. III, 177.

(3) CAPEFIGUE, *Histoire de la Réforme*, t. II, p. 49.

(4) RIBIER, *Lettres et Papiers d'État*, t. II, p. 808: «El rey católico ha hecho hacer grandes ejecuciones en España, así de dogmatizantes como de gentes de grandes casas, sin atender más que á reducir las cosas, como un buen príncipe católico lo debe hacer.»

(5) RIBIER, *Lettres et Mémoires d'État*, t. II, p. 811, 815.

sejeros sintieron algunos escrúpulos en hacerle firmar sentencias de muerté, y se pidió una tolerancia, ó, por mejor decir, una moderacion provisional en la aplicacion de los edictos contra los hugonotes, hasta que un concilio general decidiera los puntos en litigio. El cardenal de Lorena consultó á la Sorbona; y el primer cuerpo teológico de la cristiandad respondió que la proposicion era herética y tendía á la ruina del Estado y de la Iglesia (1). Reuniéronse los Estados generales de Orleans; oígamos los consejos de humanidad que dió el clero á su jóven rey: "Nadie puede negar que la herejía es un mal y crimen capital, ni que el hereje es malo capitalmente y que está por tanto sujeto á la espada del magistrado..." La ley de Dios es ésta: "Guárdate, dice el Señor, de hacer jamas amistad, de aliarte, de contraer matrimonio con los herejes; procura que no habiten la tierra; no tengas de ellos ninguna compasion. Azótalos y hiérellos hasta la muerte. Sigue luégo la razon del mandamiento: á fin de que no ocurra que te hagan pecar contra mí, si crees sus opiniones; lo cual será una ofensa y escándalo que acarreará mi furor contra tí, y yo no tardaría en aniquilarte. Señor, dice al término el orador del clero, guardaos, por el mantenimiento de vuestro cetro, de estas horribles y formidables amenazas," (2).

Los asesinatos jurídicos fueron impotentes para reprimir la herejía. Tertuliano dice que la sangre de los mártires es semilla de la fe: al morir por su creencia, los mártires protestantes difundieron la Reforma que se quería ahogar en las llamas. No había más que un medio de destruir la herejía, exterminar á los herejes: guerra y guerra á muerte, sin tregua, sin piedad, hé ahí el gran remedio para los males de la religion. El jefe de la Iglesia, el vicario de Aquel que se llamaba príncipe de la paz, dió ese grito salvaje: Pio IV, el papa del concilio de Trento, escribió al rey de Francia que era preciso emplear la fuerza para extirpar la herejía, prometiéndole su apoyo y el auxilio de Felipe II y de los príncipes italianos. No cesaba el papa de

(1) D'ARGENTÉ, *Collectio judiciorum*, t. II, p. 297: «Hæc propositio que nunquam in controversiam venire debuisset, est plane hæretica, perniciosissima, errorum omnium atque hæresium confirmativa, reipublicæ christianæ tam ecclesiasticæ quam civilis eversiva.»

(2) DE LA PLACE, *De l'état de la religion sous les rois Henri, François II et Charles IX*, lib. IV, p. 96 y 101, ed. del *Panthéon littéraire*.

decir al hijo mayor de la Iglesia que en materia de herejía no había que perdonar ni el hierro ni el fuego (1); y todavía se discute para saber quién comenzó las guerras de religion. Ya hemos dicho que la Iglesia fué la culpable, á lo menos en el sentido de que su doctrina y sus pasiones provocaron la lucha. Pues bien: hé ahí un papa que desde 1560, antes de la matanza de Vassy, antes de que tomaran las armas los hugonotes, excitó á la guerra, y no sólo en Francia, sino en toda la cristiandad, donde quiera que la Reforma tuviera partidarios. Pio IV escribió, en efecto, al rey de Francia que abriera las hostilidades contra la herejía atacando á Ginebra, que allí se hallaba la fuente del mal que turbaba al reino y el veneno que lo infestaba; y, sin embargo, no era el papa un fanático ni un hombre sangriento; tenía más de epicúreo que de inquisidor: sus provocaciones á la guerra contra los reformados no eran la expresion de una pasion individual, sino el sentimiento general del catolicismo. Á los ojos de Pio IV, las decisiones del concilio de Trento, que se celebran hoy como el principio de la reaccion católica, no tenían importancia sino en tanto que fueran seguidas de una buena guerra contra los reformados. Un testigo no sospechoso es quien nos revela los designios de la santa sede; el embajador de España, Vargas, escribe á Felipe II: "El papa dice que cuando haya condenado el concilio todas las herejías, se tratará para ejecutarlo de emplear la fuerza y venir á las manos, que es, segun él, el único medio de detener el contagio que amenaza infestar á la cristiandad," (2).

II.

Ahora que conocemos los designios del papado sabremos á quién atribuir la responsabilidad de los sermones que resonaban en todos los púlpitos de Francia. Los monjes, instrumentos predilectos de la santa sede, inauguraron el combate. Un religioso de la órden de los Mínimos excitó al pueblo á matar á los hugonotes: "No debia, dice, esperar justicia de los grandes ni de los magistrados, porque eran ellos mismos luteranos," (3). No bastaron

(1) SAEPI, *Istoria del concilio Tridentino*, lib. V, c. 54.—LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. IV, p. 714, 715.

(2) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. VI, p. 401.

(3) DE BÈZE, *Histoire ecclésiastique*, t. I, p. 166.

al celo de la Iglesia estas provocaciones del bajo clero. Vióse en Paris, cosa inaudita, á un cardenal subir al púlpito y predicar, "en presencia de una increíble afluencia de oyentes, que era preciso morir y perder hasta la última gota de sangre antes que permitir, contra el honor de Dios y de su Iglesia, que hubiese otra religion en Francia que la de sus antepasados." Excitó violentamente el pueblo á las armas, dice un testigo ocular. En una palabra, añade Pasquier, no se conocia otra cosa que fuego, guerra, asesinatos y saqueo (1).

Llegamos á la matanza de Vassy. No pudiendo negar que la sangre de los hugonotes fué derramada por las manos católicas, han hecho lo imposible los defensores de la Iglesia por lavar á lo menos á su héroe, el duque de Guisa, del crimen de premeditacion (2). ¡Extraña defensa! Cuando los papas, los cardenales y los monjes predicaban la matanza, cuando á seguida emprenden su obra los asesinos, ¿quién es el culpable? El que extravía hasta el furor las pasiones religiosas debe responder de los excesos de estas pasiones. En el siglo XVI eran celebrados esos excesos como virtudes cristianas; la matanza de Vassy, que hoy nos causa horror, encontró admiradores hasta en las cátedras llamadas de verdad: "Mientras los ministros protestantes la condenaban como la mayor y más cruel impiedad del mundo, los predicadores católicos sostenían que no era crueldad, habiéndose hecho la cosa en celo de la religion, y alegaban el ejemplo de Moises, que mandó á todos los que amaban á Dios que matasen, sin exceptuar á nadie, á cuantos hubieran doblado la rodilla para honrar al becerro de oro," (3). Hay más. Una matanza tan espantosa como la de Vassy ensangrentó la ciudad de Sens, en la diócesis del cardenal de Lorena. Un monje fué quien la provocó con sus sermones; y cuando los asesinos hubieron acabado su tarea, vino un milagro á llenar de gozo sus almas cristianas: la imagen del Cristo volvió la espalda á la plaza en donde había estado el templo de los reformados, y los sacerdotes aseguraron que la habían visto verter lágrimas, lo cual hizo decir á los celosos católicos "que la matanza era aprobada por la propia boca de

(1) PASQUIER, *Lettres*, IV, 16.

(2) «Es muy dudoso, dice VOLTAIRE, que este tumulto fuera efecto del acaso; todas las apariencias lo contradicen.»

(3) CASTELNAU, *Mémoires* (PETITOT, XXXIII, 167).